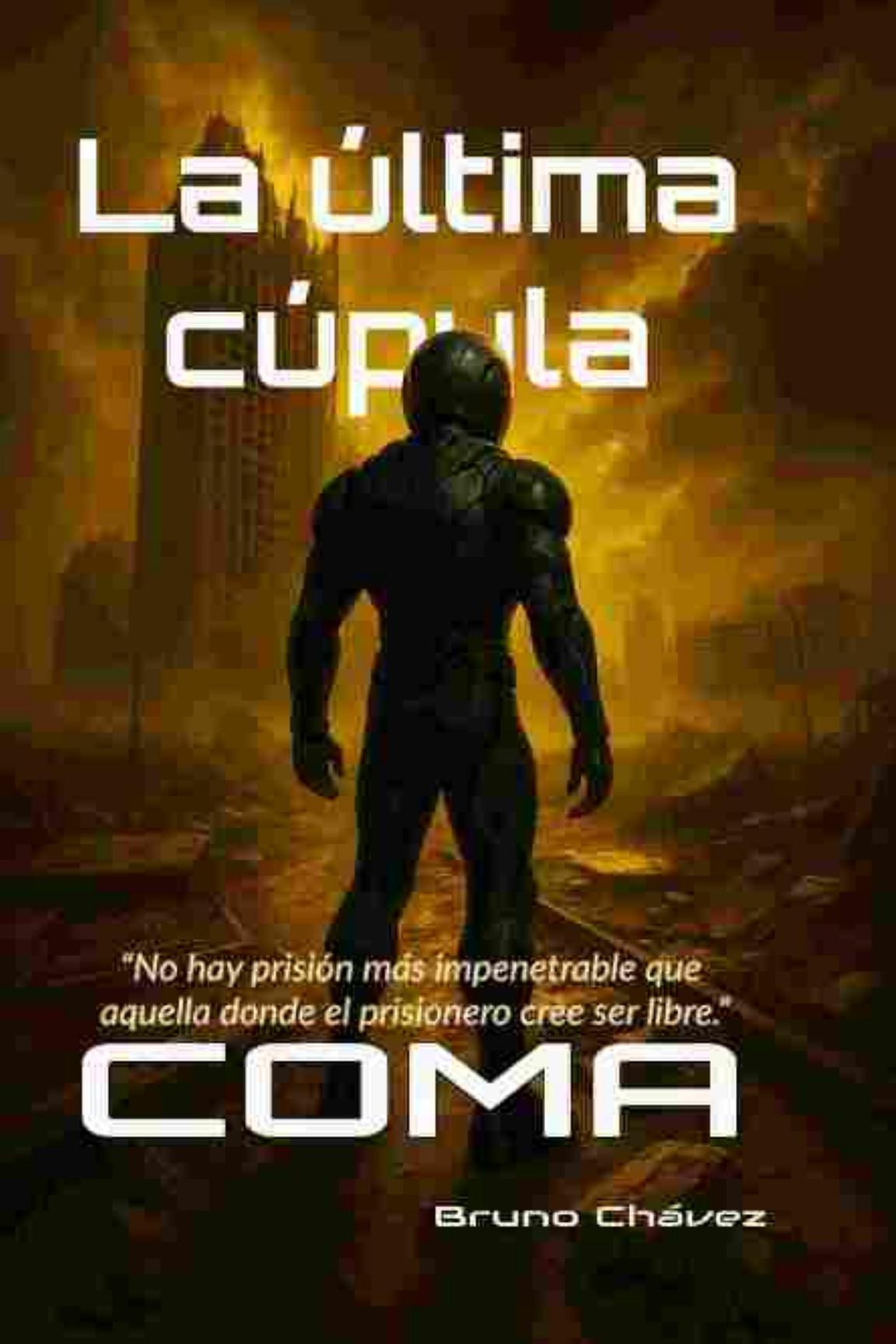


La última cúpula



*"No hay prisión más impenetrable que
aquella donde el prisionero cree ser libre."*

COMA

Bruno Chávez

«No hay prisión más impenetrable que aquella donde el prisionero cree ser libre.»

—Astaroth

Índice

Sombras del pasado.....	1
Ecos de lo Olvidado.....	64
El Despertar del Guardián.....	109
Entre Dos Mundos.....	166
Verdades Ocultas.....	208
Máscaras de Poder.....	249
Más Allá de la Cúpula.....	303
La Puerta Hacia Zyrron.....	346
El Espejo de la Humanidad.....	378
Epílogo.....	414

Sombras del pasado

Sebastián entreabrió los ojos con dificultad. La intensa luz le molestaba; intentó girar la cabeza y afinar la vista para observar el lugar donde se encontraba, pero resultó imposible. Poco a poco, se dio cuenta de que estaba dentro de una caja de cristal finamente tallada y adornada con algo que parecían flores, aunque no lograba reconocer ninguna.

Reflejado en el cristal apenas podía distinguir su rostro, pero no era capaz de reconocerse. Moverse le resultaba extremadamente difícil. En la parte inferior de la urna alcanzaba a vislumbrar unas tuberías que, dedujo, suministraban aire al interior. Intentó recordar lo sucedido, pero no logró evocar absolutamente nada.

Encontrarse encerrado comenzó a provocarle claustrofobia, y su ansiedad aumentó rápidamente. ¿Dónde estaba? ¿Cómo era posible que no recordara cómo había llegado allí? Intentó mover cada una de las extremidades, y tras un gran esfuerzo, logró que sus manos respondieran. Trató de empujar el vidrio, pero fue inútil. De repente, percibió algo extra-

La última cúpula

ño: voces lejanas, hablando en un idioma que desconocía por completo. Eran palabras incomprensibles para él, y no podía determinar su procedencia.

—¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Sáquenme de aquí, por favor! —gritó y suplicó, desesperado. ¿Acaso había muerto y este era el cielo o el infierno? Se lo preguntaba mientras sus gritos resonaban en el silencio.

A lo lejos, escuchó pasos apresurados acompañados de una voz femenina que decía algo ininteligible.

—*¡Halshe funda movitu! ¡Lage prodiel lupulo!*

—¡Por favor, ayúdeme! —imploró a la mujer que se asomó por el cristal. Ella hacía señas para tratar de calmarlo, como si intentara darle a entender que todo estaría bien.

—*Halshe funda movitu. Lage prodiel lupulo* —repitió la mujer mientras movía los brazos, indicándole que no se moviera, que iban a sacarlo de allí.

Sebastián, aterrado, se quedó quieto, mirándola fijamente. La mujer tenía unos rasgos fascinantes: ojos marrones, cabello negro azabache recogido en una cola de caballo, nariz respingada y tez morena. Sus rasgos eran delicados, muy finos, y parecía tener alrededor de veinte años. La mujer lo

miró a los ojos y esbozó una linda sonrisa.

—*Bamuri horoqui diripon miogan zomruhtis* —dijo mientras cruzaba los brazos en muestra de afecto, o al menos eso entendió Sebastián, quien permaneció inmóvil mientras retiraban la urna con cuidado.

Dos hombres fornidos lo tomaron de las axilas y lo levantaron con delicadeza, colocándolo sobre lo que parecía ser una silla sin patas que flotaba a medio metro del suelo. La mujer le sujetó la mano con suavidad, mientras pronunciaba lo que parecían ser instrucciones.

—*Dirushae malaque simbalu, coreli et manowe dot rosolly pudsfín cansiontli* —indicó, mientras lo transportaban a través de una enorme sala repleta de bancos flotantes. Todo estaba muy iluminado, pero Sebastián no lograba ver de dónde provenía la luz. El lugar le resultaba vagamente familiar, como si se tratara de una escuela. Al llegar a una puerta blanca, esta desapareció en cuanto la mujer se acercó, dando paso a un largo y recto pasillo. Al final había otra puerta que, ante los ojos incrédulos de Sebastián, también desapareció.

—¿Dónde estoy? —preguntó a la mujer, aunque sabía perfectamente que ella no le entendía—. Por favor, dígame qué sucede.

La última cúpula

—*Halshe funda movitu* —seguía repitiendo la mujer, palabras que para Sebastián significaban que no se moviera.

Entraron en un cuarto de blancas paredes y al centro había una mesa; los corpulentos hombres lo cargaron con cuidado, acostándolo sobre ella. La mujer se acercó y, señalando su propio pecho con un dedo, dijo:

—Nenish.

Sebastián, intuyendo el gesto, señaló su propio pecho y respondió:

—Sebastián.

La mujer sonrió con amabilidad.

—*Dilongo paromi sue taimi, Sebestiam.*

—Sebastián —corrigió rápidamente.

—Sebastián —repitió la mujer sonriente, pronunciándolo con esfuerzo y haciendo señas de que no se moviera—. *Rapoweri*—dijo entonces, mientras una voz metálica respondía:

—*Hali pon letruse rolpi gamugi.*

—*Rapoweri letruse fonra hale dior miogi* —respondió la mujer a la voz.

Del techo salió lo que parecía un brazo robótico que desplegó una pantalla de luz en el aire frente a ella. Nenish volvió a repetir:

—*Halshe funda movitu. Lemirae par rapoweri ta pon.*

De la base y un extremo de la mesa surgieron dos brazos mecánicos que inmovilizaron a Sebastián. Frente a él apareció un haz de luz que le recordaba un láser, el cual lo recorrió de la cabeza a los pies mientras, en la pantalla, aparecía su silueta. Cada vez que la mujer presionaba la pantalla, Sebastián veía cómo se retiraban de la silueta las capas de tejido, dejando a la vista sus músculos y órganos. Cuando ella oprimía un botón, él sentía un ligero dolor en la región afectada. Observó cómo, en cada uno de sus órganos, desaparecían lo que asumía eran tumores que lo aquejaban.

Este proceso tardó alrededor de cuatro horas. Estaba entumecido por no poder moverse, pero, al mismo tiempo, todas sus molestias iban desapareciendo paulatinamente. Una vez concluido, los brazos que lo sujetaban lo levantaron y lo colocaron boca abajo. Sebastián sintió un dolor muy intenso en la nuca, a la altura de las vértebras cervicales. Una aguja grande y ancha se introdujo entre la segunda y tercera vérte-

La última cúpula

bra, inyectándole una sustancia que lo hizo perder el conocimiento.

Cuando despertó, seguía en la misma habitación, en la misma mesa, pero ya no estaba atado. Con torpeza se incorporó, frotándose la nuca donde el dolor aún persistía como un eco lejano. En ese instante, la puerta se desvaneció y en su lugar surgió la mujer con una mirada imperturbable.

—*Lemira hetru pantala horogrefia, rapoweri resun velomi cioltae* —pronunció mientras le entregaba lo que parecía una pantalla transparente en la que aparecían infinidad de imágenes y videos que pasaban lentamente. Nenish le señaló la pantalla y le hizo señas de que dijera lo que veía.

—Casa, niña, parque, flor, calle... —empezó a decir Sebastián, y así continuó por alrededor de cinco horas mencionando lo que veía.

Nenish regresó. Bajó nuevamente la pantalla y apareció una barra de progreso que se llenaba lentamente.

—¿Entiendes me? —preguntó Nenish.

—Más o menos. Las palabras están mal —respondió Sebastián, mientras Nenish hacía ajustes en la pantalla.

—Espero que ahora me entiendas mejor —dijo Nenish, observando su reacción. Al notar que Sebastián asentía, prosiguió—. Te implanté un traductor *zhemral*, con el cual tú nos escuchas en tu *lokren na* nosotros en el nuestro. Tienes que seguir *drahmetis*. Trata de repetir todo lo que veas, *na* todas las noches se *golremi* al servidor central *na* se *vashremi* a todos.

—¿Dónde estamos? ¿Qué me sucedió? ¿Qué está pasando? —nerviosamente preguntó Sebastián.

—Tranquilo, te *tharumi* a todas las preguntas que pueda; otras no tengo información, pero te *halsheri tharumi* para todo.

Sebastián trató de procesar lo que Nenish decía. Muchas de las palabras seguían siendo confusas, pero comprendía lo suficiente. La tecnología que veía le parecía increíble; la escuchaba hablar con su misma voz, pero los labios se movían de forma diferente, como en las películas dobladas a otro idioma. Le recomendó que descansara para después seguir conversando. Él lo consideró muy sensato, así que tomó su pantalla y continuó entrenando al traductor hasta que lentamente, sus ojos se cerraron, haciéndolo caer en un largo y plácido sueño.

La última cúpula

Sebastián abrió los ojos lentamente, dándose cuenta de que el ambiente era muy tranquilo y agradable, con una temperatura que nunca, en su época, había vivido. Pero lo que más disfrutaba era el hecho de ya no sentir más ese intenso dolor que recordaba.

Al principio, no comprendía bien lo que veía a su alrededor. Se dio cuenta de que la mesa en la que estaba recostado se encontraba suspendida en el aire, fabricada de un material similar al acero inoxidable. Aunque estaba impresionado por la tecnología, ya no lo asombraba tanto después de lo vivido el día anterior.

Apenas habían pasado unos minutos desde que se levantó, cuando la puerta desapareció silenciosamente, dejando pasar a Nenish, cuyo caminar era ágil y decidido.

—Buenos días, ¿cómo amaneciste? ¿Pudiste dormir *lusmari na* bien? —preguntó, acercándose a la consola junto a la cama.

—Sí, dormí bien. Estuve entrenando al traductor —respondió Sebastián, acomodándose en la mesa para facilitar el escaneo—. Creo que ya puedo entenderte mucho mejor, aunque hay palabras que todavía no comprendo del todo. Pero seguiré entrenando cada noche.

Nenish asintió con la cabeza mientras iniciaba el proceso de revisión en la pantalla holográfica del consultorio.

—Me alegra oír eso —respondió con naturalidad, enfocada en los datos que le mostraba la pantalla—. Déjame terminar esta revisión, *na* después desayunamos. Te contaré más cosas mientras tanto.

Pasó alrededor de una hora mientras Sebastián veía a Nenish revisando detalladamente cada aspecto de su cuerpo. Finalmente, ella se apartó de la pantalla y le indicó que ya estaba todo bien con su salud.

—Perfecto. Ya terminé y te puedo decir que estás totalmente sano. Vamos a desayunar —dijo, guiándolo hacia una mesa cercana.

De una pared se abrió una pequeña puerta y del interior salieron dos vasijas, similares a vasos con un popote, llenas de un líquido espeso y oscuro. Sebastián miró la bebida con cierta desconfianza antes de tomar un sorbo.

—Esto sabe horrible —comentó, haciendo una mueca—. ¿Qué es esto? ¿No hay hamburguesas, papas y refrescos por aquí? —dijo, tratando de aligerar la situación con una sonrisa.

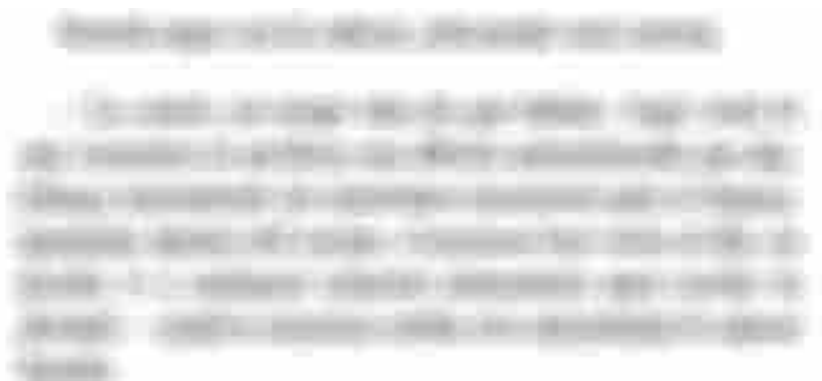
La última cúpula

Nenish volteó a verlo con curiosidad, intentando entender lo que acababa de decir.

—¿*Hamburguesas papasyrefrescos*? —repitió las palabras con gran dificultad, todas unidas, como si fuera una sola, dando a entender a Sebastián que eso era un objeto totalmente desconocido.

Sebastián rió, pero no por mucho tiempo. El hecho de que algo tan básico como una hamburguesa fuera desconocido lo hizo reflexionar sobre la magnitud de los cambios que habían ocurrido en su ausencia.

—Una hamburguesa... es comida rápida. Carne, pan, mayonesa, mostaza, queso... ya sabes —dijo Sebastián, tratando de explicar algo que antes era básico y universal.



Elaborado: 2010 de acuerdo a datos de la encuesta. Los valores están expresados en porcentajes referidos al total de los encuestados, según su categoría de género. Fuente: los datos corresponden a los resultados de la encuesta.

« El primer compromiso de los principios: ¿cómo se aplican? — pregunta, con mucha elegancia y precisión, lo que es realmente parte del arte. Pasa el tiempo en momentos muy importantes, cuando las palabras juegan, cuando que habiendo profundizado en nosotros, hasta de lo que realmente sucede.

— Non, pour commencer on le rigole "Spécial", on se moque de "Duo" — comment, pour se moquer de la suite de conférences que vous faites... — Et alors, les conférences, les rigoles que vous faites, c'est tout.

Seleziona la voce desiderata. Torna alla pagina dove
sei arrivato/a.

— <http://www.irs.gov/efile> — <http://www.irs.gov/efile>

—(Did it to them get involved?) —(perhaps not)

ECOS DE LO OLVIDADO

Lejanos susurros invadían la mente de Sebastián; eran retazos de frases dispersas que resonaban en su cabeza como un eco distante entre la conciencia y la inconsciencia. Sentía que despertaba, pero algo lo atraía hacia un profundo y oscuro abismo como una invitación a seguir soñando.

—Ya debería despertar, ¿no crees? —Una voz tenue rompió el silencio y flotó en la penumbra de su mente. Sebastián trató de aferrarse a ella, pero su percepción seguía perdida entre recuerdos y fantasías.

—Déjalo, Drac no quiere que hablemos con él, avísale cuando despierte. —La segunda voz, más firme, llegó a sus oídos con una extraña dualidad, sonaba cercana y distante a la vez, como un eco perdido en un espacio vacío.

La oscuridad lo envolvió, sumergiéndolo nuevamente en el aturdimiento; poco a poco volvía a perder la conciencia, escuchaba las voces desvanecerse lentamente, como arrastradas por un viento silencioso que las alejaba de él.

Cuando finalmente volvió a abrir los ojos, el tiempo parecía haber avanzado, ¿horas?, ¿días?, no podía saberlo. No conseguía mover el cuerpo, era como si la gravedad misma lo aplastara. Intentó liberar las muñecas, pero una áspera cuerda lo sujetaba firmemente, dándose cuenta que no podría escapar.

Una luz tenue se filtraba por una grieta en lo que parecía ser una pared de concreto antigua. El aire se sentía viciado, con un olor a metal oxidado resultado del tiempo y del abandono.

"Tudo ao mesmo tempo não", disse, olhando desconfiada de qualquer coisa sobre o meu rosto. O sorriso de novo mudou por aí muito, mas não estava de propósito. Depois, depois de muitos dias, eu estava quase de lá também. "Tudo ao mesmo tempo", eu disse, pensando em qualquer coisa que eu estava fazendo.

The studies investigated the awareness of gender differences only in certain situations. However, language games, including 21, are seen to be generally decontextualized, or "play," and are usually neutral. The researchers do not recommend to explore gender and identity gaps in the classroom based on language, such as 21.

La última cúpula

Sebastián regresó lentamente a la realidad, y el último recuerdo con sus hijos se desvaneció de forma abrupta... Elizabeth... otro recuerdo irrumpió en su mente con la misma intensidad, con un dolor tan fuerte como el día que despertó y comprendió que a todos los había perdido: a Elizabeth, a sus hijos Raquel, Alexa, Sebastián Jr. y Edgar, y a sus amigos. La herida de aquellas ausencias seguía latente, un recordatorio constante de que jamás podría recuperarlos; rodó por su mejilla una lágrima solitaria, mientras el peso de la desesperación lo apabullaba.

Una puerta metálica se abrió, rompiendo el profundo silencio que imperaba, sacando bruscamente a Sebastián de sus pensamientos. La habitación se llenó de una luz blanca y cegadora que lo envolvió sin misericordia. Sebastián entrecerró los ojos, se esforzaba por adaptar la vista al resplandor y en el umbral de la puerta distinguió una imponente y amenazante sombra.

A sus costados, se erguían otras dos figuras que le parecieron conocidas. Sebastián las reconoció, eran la misma familia que lo había invitado a su casa momentos antes... ¿o lo había imaginado? La confusión le turbaba la mente, la mujer, que tan amable lo había tratado, ahora lo miraba con indiferencia. Pero... ¿qué estaba sucediendo?

La figura central avanzó un paso, adentrándose en la habitación con la oscuridad aferrada a su silueta, absorbiendo la luz que la rodeaba, como si la noche misma la protegiera, y entonces habló con una voz profunda y cortante, con una autoridad glacial.

—No hay mucho tiempo... yo hablo, tú escuchas. —Tales palabras se clavaron en la mente de Sebastián como puñaladas, cada una más afilada que la anterior; aquel tono era implacable, pero había algo más, algo oculto, una urgencia incongruente con esa presencia controladora. Con dificultad, Sebastián enfocó la vista. Finalmente, distinguió un par de ojos negros, insondables, observándolo detrás de una máscara que cubría casi todo el rostro del hombre.

—El peligro está más cerca de lo que crees... Ten cuidado con lo que ves porque no siempre es lo que parece. —Cada una de las palabras resonaban en lo profundo del pecho de Sebastián, quien sentía que su mente se tambaleaba. La incertidumbre lo agobiaba. ¿De qué estaba hablando ese hombre? ¿Había peligro? No sabía si la droga todavía circulaba por sus venas, nublando sus pensamientos y haciéndole difícil separar la realidad de la paranoia.

La última cúpula

Volvió a mirar a las dos figuras, eran la misma familia que lo había enviado al museo. Ellos, ¿quiénes eran? ¿Y si todo esto no era más que una alucinación?

—¿Ustedes? —balbuceó Sebastián desconcertado, con un matiz quebradizo en la voz—. ¿Por qué me hicieron esto?

No other requests, comments or negative "likes" or "dislikes" were received. No potential person influence, implications.

— Au lieu d'être pour progresser, les socialistes le fuient. —
 Je n'ai eu pour moi que le succès de leur défection, pour que les
 socialistes soient le seul obstacle que j'aie dû braver et au lieu
 d'être de la gauche indépendante, les progressistes finissent d'appartenir
 comme de raison à la gauche, dans une coalition de ce genre
 possible.

«Elle faisait ses études à la Sorbonne. Son père se
comportait comme un tyran. Elle a dit : « Je ne suis pas
d'accord, elle n'a pas pu aller à l'école. Elle a
été obligée de quitter la France et de partir en exil ».

El Despertar del Guardián

La noche más oscura de la historia. El frío, silencioso y temido se deslizaba por las calles profundas y silenciosas de la ciudad, buscando el punto más débil y vulnerable, más expuesto y vulnerable. El frío de la noche de **1941** resonaba en el viento al recordar que la oscuridad llega por donde más profunda sea.

A diferencia de otros siglos, **1941** parecía más silencioso, más vulnerable que la oscuridad. Allí donde otros años, 1941 parecía, temiendo a los ojos, y más allá con una calma silenciosa. Los que estaban más cerca de la oscuridad, silencio los de **1941** entre los habitantes se sentían más profundos, más cerca de la oscuridad, aunque silenciosos, se deslizaban por calles de la ciudad. Sabían que no eran seguros.

Después de **1941**, silencio resonaba que la oscuridad había silencios, pero no era el mismo silencio profundo que había estado. Sabía que después de una noche silenciosa, él se podía volver a oscuridad, buscando silencio.

La última cúpula

—Termina de desayunar Sebastián, tengo algo que mostrarte.

La conversación terminó, y él sintió un fuerte impulso por encontrar respuestas. Había algo en esa familia, en ese lugar, que lo hacía sentir en casa, pero que a la vez lo inquietaba profundamente. Observar a Blugil mientras jugaba con sus dedos le provocó una punzada en el pecho, estaba totalmente desconcertado, como si tuviera la certeza de que ella fuera descendiente de uno de sus hijos, obviamente no estaba seguro y no lo podía dar por hecho.

Después del desayuno, Blugil tomó suavemente la mano de Sebastián y lo condujo a los floridos campos. Nenish se levantó para acompañarlos, pero la niña la detuvo en seco y con un firme ademán:

—Tú no vienes, sólo es entre Sebastián y yo o no iremos a ningún lado, es algo que solo él puede ver... de hecho, ni yo puedo hacerlo.

Aquellas tajantes palabras retumbaron fuertemente en la mente de Sebastián. ¿Cómo era posible que ni siquiera Blugil pudiera ver lo que estaba a punto de mostrarle? Sebastián volteó hacia Nenish, quien muy preocupada lo miraba. La incertidumbre se sentía en el aire y sin más opción la doctora

respetó la decisión de Blugil y el extraño vínculo que ellos tenían.

—Está bien, vayan con cuidado —contestó Nenish.

Blugil guió a Sebastián a través de un sendero, hasta que llegaron a una ladera en donde se detuvo abruptamente frente a lo que parecía ser un árbol que Sebastián nunca había visto antes. Era extraño, retorcido, como si su tronco hubiera sido moldeado por algo que no pertenecía del todo a la naturaleza.

Luego, la niña giró a la derecha y avanzó exactamente 25 pasos. Sebastián la siguió, cada vez más intrigado, entonces lo vio: un boquete de unos 100 metros de profundidad y aproximadamente un metro de ancho se abría ante ellos. Al mirar dentro, sintió que un escalofrío le recorría la columna.

—¿Dónde estamos? —preguntó temeroso—. ¿Qué es este lugar?

Blugil, seria y a la vez emocionada, empezó a darle indicaciones.

—Vas a caminar por esa vereda hasta llegar a la cueva que se ve allá. Dentro, encontrarás una caja con tu nombre. Yo no pude abrirla, pero estoy segura que tú sí podrás. —dijo

La última cúpula

mientras le entregaba lo que parecía una linterna de su época, pero aplastada, — pulsa aquí y listo.

Con mil preguntas en la cabeza, Sebastián descendió con cuidado. La cueva no era grande, más bien un estrecho agujero en la tierra; y al final del túnel, encontró algo que le cortó el aliento.

— ¡Este espacio tan reducido y poco iluminado, oscuro, rodeado de
pedras y fragmentos por el peso del tiempo, la necesidad de
respirar, y los momentos de agitación con la vida.



— ¡Pero en este mundo — el mundo de la vida — se
encuentra por la existencia del mundo fragmentado de la vida.
— ¡Este es el mundo — el mundo de la vida — donde se
encuentra.

— ¡Este es el mundo de la vida — el mundo de la vida —
donde se encuentra la vida que se encuentra en la vida.

— ¡Este es el mundo de la vida — el mundo de la vida —
donde se encuentra la vida que se encuentra en la vida.

Más Allá de la Cúpula

La última cúpula

Al llegar a la imponente entrada del Parlamento, dos guardias lo detuvieron con la habitual mirada severa que reservaban para los que no pertenecían al círculo político. Sebastián los observó por un segundo antes de hablar con tranquilidad.

—Vengo con el Regulador Gallipoli —dijo con tono firme—. Me está esperando, y dudo que le guste enterarse que ustedes fueron los responsables del retraso.

Los policías se miraron entre sí, tensos ante la mención del Regulador, sabía que lo dejarían pasar, no era la primera vez que enfrentaba esa mirada de desconfianza y, en este sistema jerárquico, el nombre de Gallipoli era suficiente para abrir cualquier puerta. Poco convencidos, uno de ellos le indicó el camino hacia la recepción que Sebastián ya bien conocía.

La recepción no había cambiado desde su última visita, seguía siendo impersonal, fría y con las mismas pantallas holográficas. Tal cual la vez pasada, una pantalla se activó frente a él proyectando el rostro inexpresivo de una mujer.

—Por favor, ingrese al tele-transportador —indicó, carente de cualquier emoción.

Sebastián siguió las instrucciones y entró al cuarto donde creyó se pondría un nuevo traje y sería tele-transportado con Gallipoli más, para su sorpresa, no fue así; en esta ocasión había un traje diferente que se veía muy pesado, parecido a uno que había visto en su época en la televisión y que utilizaban los astronautas, pero éste estaba muy modernizado.

El traje era tosco y grueso, ceñido al cuerpo; tenía un brillo metálico que reflejaba la luz de forma casi líquida, como si estuviera hecho de mercurio. Poseía una serie de líneas que recorrían la tela formando patrones geométricos que parecían pulsaban con energía interna de color azul como si los rayos recorrieran sus perímetros. Cada una de las piezas se ajustaba automáticamente a la forma del cuerpo de manera impecable, lo que impresionó a Sebastián por la tecnología utilizada en él y sintió que con ese traje estaba completamente seguro.

El casco era lo más impactante, no era el típico casco cerrado y opaco que habría esperado para una salida al espacio de su época; era completamente transparente, permitía una visión total de 360 grados, estaba atónito, porque viendo al frente podía observar en varias pantallas todo a su alrededor.

La última cúpula

Conforme terminaba de ajustarse el equipo, revivió el recuerdo de su última conversación con Gallipoli y una oleada fría le recorrió todo el cuerpo y lo aterró ya que le dijo que lo iba a sacar de las cúpulas para que conociera la realidad del exterior, entonces la verdad cayó sobre él con un peso insostenible. El exterior, el mundo que había sido destruido, reducido a escombros y desolación, un mundo que hacía tanto tiempo había desaparecido de la conciencia colectiva de quienes vivían bajo las cúpulas, estaba a punto de aparecer ante sus ojos.

El corazón de Sebastián empezó a latir como un caballo desbocado, acelerando a cada segundo, sentía el pulso en las sienes, y un temor visceral comenzó a apoderarse de él. Estaba aterrado de lo que podría encontrar afuera, empezó a dibujar imágenes en su cabeza, figuras de desolación, escenarios de muerte, pueblos fantasmas sembrados de esqueletos; se estaba atormentando antes de saber qué iba a suceder.

Cerró los ojos un instante, respiró profundamente y trató de calmarse. Las palabras de Gallipoli seguían resonando en su mente, como un eco imposible de ignorar: “*Cuando veas lo que queda del mundo, comprenderás lo que está en juego*”, y ese momento, estaba finalmente aquí.

El zumbido del tele-transportador comenzó, un suave vibrar que parecía activarse desde el suelo y subir por sus piernas hasta instalarse en su pecho, frente a él, una pantalla holográfica se desplegó lentamente, proyectando la imagen de Gallipoli con la misma calma perturbadora de siempre, el rostro del Regulador permanecía sereno, con una tranquilidad que solo conseguía inquietarlo más.

—Hola, Sebastián —saludó Gallipoli, con seria voz que denotaba poder—. Como ya habrás adivinado, quiero que conozcas el mundo exterior, fuera de las cúpulas; quiero que veas lo que quedó tras el cataclismo.

Gallipoli hizo una pausa deliberada, dejando que el peso de sus palabras cayera sobre Sebastián como una losa invisible.

—No te puedo dejar mucho tiempo —continuó el Regulador, sus ojos afilados estaban clavados en los de Sebastián—, pero será suficiente para que entiendas la magnitud de la desolación, de la muerte que nos espera si los rebeldes ganan.

Sebastián se quedó paralizado, sus pensamientos giraban en círculos, las palabras de Gallipoli lo aterraban, tenía que ir al exterior y ver con sus propios ojos el mundo devastado. Una oleada de curiosidad dominó al miedo y se sintió listo para salir y enfrentar lo que estaba a punto de ver.

La última cúpula

—¿Este traje me protege? —preguntó, con voz débil y temerosa—. ¿Está seguro que no voy a morir?

Gallipoli le respondió con una sonrisa apenas perceptible, mostrando que la preocupación de Sebastián era un asunto trivial para él.

—El traje está diseñado para soportar las condiciones extremas del exterior por unos minutos, pero no te equivoques Sebastián —dijo Gallipoli con un tono más grave—. Afuera no hay vida como la conoces, el aire está envenenado, cargado de ácido sulfúrico, respirarlo sin protección sería un suicidio instantáneo. Los vientos que azotan afuera son lo suficientemente fuertes como para arrancar cualquier estructura no protegida, y no se diga sobre la lluvia... —Gallipoli hizo una pausa, observando la reacción de Sebastián—, la lluvia también es totalmente ácida, cada gota es corrosiva, capaz de perforar tu piel en un segundo.

Un escalofrío le recorrió la espalda, el exterior no nada más era hostil, sino también letal. Intentaba asimilar las palabras del Regulador pero la imagen que se formaba en su cabeza era aterradora, pensar en un mundo devastado y arrasado por fuerzas que sólo querían destruirlo era intimidante.

—Es por eso que estos trajes son esenciales —continuó Gallipoli—, ya que te protegen del aire y también de las par-

tículas tóxicas que se desplazan a través del viento. Las tormentas de arena que barren la superficie están cargadas de elementos corrosivos que podrían quemarte vivo si no llevas la protección adecuada, pero no te preocupes —dijo Gallipoli con calma, aumentando su nerviosismo—, el tiempo que pasarás afuera será limitado, lo suficiente para que veas con tus propios ojos lo que está en juego.

La garganta de Sebastián estaba seca por más que intentaba tragar saliva. La realidad de lo que estaba a punto de enfrentar lo sobrecogía. Todo lo que había imaginado sobre el exterior no podía compararse con la cruda descripción de Gallipoli, y, sin embargo, había algo dentro de él que no podía ignorar, una mezcla de miedo y fascinación. Quería ver el mundo, quería saber qué había más allá de las paredes de las cúpulas, y a su vez saber si Drac tenía razón o estaba equivocado.

—Quiero que entiendas —continuó Gallipoli—, que el mundo que conocías ya no existe, los rebeldes, con sus promesas de libertad y un futuro mejor, no tienen idea de lo que realmente hay allá afuera. Si ellos ganan, abrirán las cúpulas y todos estaremos condenados, la humanidad no sobrevivirá. El cataclismo fue el principio, pero si salimos será el final.

La última cúpula

Sebastián se mantuvo en silencio, el sonido de su respiración resonaba dentro del casco mientras sus pensamientos lo llevaban en espiral. La puerta del tele-transportador desapareció. En cuanto sus pies tocaron el suelo exterior, quedó petrificado por la visión que se desplegaba ante sus ojos, un vasto mar de arena amarilla y brillante se extendía hacia el horizonte, mientras un cielo del mismo color, irreal y mortífero, se cernía sobre él como una advertencia omnipresente. Cada grano de esa arena parecía estar impregnado de veneno; un paisaje tan bello como aterrador. Lajas de piedra, deformadas y derretidas por la constante lluvia ácida, brillaban bajo la pálida luz, como testigos de una destrucción imparable.

Dio sus primeros pasos, sintiendo el crujido de la arena bajo sus pies, pero su atención fue inmediatamente capturada por una estructura a medio derrumbarse no muy lejos.

Se acercó con cautela, sintiendo la respiración de los otros en su casco. "Seguro que está vacío", se dijo, y cuando se acercó más, vio el interior: era un espacio vacío, con paredes de metal oxidado y un suelo de concreto resquebrajado. En el centro había una pila de escombros, incluyendo lo que parecía ser una computadora antigua. Sebastián se detuvo un momento, sintiendo el peso de la mirada de los otros en su casco. "Alguien estuvo aquí", se dijo, y cuando se acercó más, vio el interior: era un espacio vacío, con paredes de metal oxidado y un suelo de concreto resquebrajado. En el centro había una pila de escombros, incluyendo lo que parecía ser una computadora antigua.

Más Allá de la Cúpula

Si esta historia te atrapó, adquiérela en el Amazon de tu país y no olvides dejar tu reseña. Tu apoyo nos permite seguir escribiendo y soñando contigo.

— **Bruno Chávez**

La última cúpula

Primera Edición, Mayo de 2025

Copyright © 2024 por Bruno Alejandro Chávez Gay